CASAMIENTO DEL DUX CON LA MAR.

Entre todas las famosas fiestas de Venecia ninguna en realidad era mas veneciana, ninguna hacia resaltar los dos elementos siempre combinados del genio de la nacion y de su gobierno, el amor á los fastuosos placeres y el cálculo político, como la ceremonia conocida por *el casamiento del Dux con la mar*. Si hemos de indagar el origen de esta famosa solemnidad, preciso será recurrir á los últimos años del siglo XII, y buscarle entre los detalles de uno de los mas curiosos y mas interesantes sucesos de aquella época dramática.

El emperador de Alemania Enrique IV, y el papa Gregorio VII, habian legado á sus sucesores la continuacion de sus debates sobre los privilegios respectivos de la Santa Sede y del Imperio, y sobre el dominio de la Italia. Transmitida la querella de uno en otro reinado, habia llegado hasta el papa Alejandro III, y el emperador Federico Barba-roja. No intentamos relacionar aquella violenta lucha en que los poderes espiritual y temporal se chocaban, con tan variada fortuna, que tan pronto el papa se veia precisado á retirarse á Roma bajo la esclavina de

un peregrino, tan pronto Federico tenia que recurrir á otro disfraz para atravesar los Alpes; debemos sin embargo decir que Alejandro III, sorprendido por un edicto imperial de proscripcion que le privaba del fuego y del agua en Italia, hubo de pedir asilo y proteccion á la república de Venecia (1176); y gracias á esta triunfó completamente de su enemigo.

Alejandro no quiso ser ingrato para con aquellos á quienes debia una victoria que saboreaba con placer. Despues de conceder al Dux el privilegio de llevar delante de sí cirio encendido, una espada, un quitasol, un sillon, un almohadon de tisú de oro, trompetas y banderas, le hizo el don menos fútil de un anillo de oro, diciéndole: «Recibidle de mi en señal de vuestro imperio sobre la mar Adriática: Vos y vuestros sucesores os casareis con ella todos los años, á fin de que sepa la posteridad que esta mar os pertenece por el derecho de la victoria, y debe estar sometida á vuestra voluntad como la esposa al esposo.» Era este para la política y para la ambicion de los venecianos un texto precioso que no se descuidaron en comentar: de este cumplido del papa supieron hacer una inmensa concesion por las interpretaciones que le dieron. Las palabras de Alejandro llegaron á ser la base sobre que fundaron la pretension de poseer en soberanía esclusiva la mar Adriática, que apellidaban su golfo, su casa; de impedir la navegacion á todo bajel de guerra extrangero, y de establecer un impuesto sobre las naves mercantes. Las ciudades situadas sobre el litoral de la mar Adriática clamaban en vano contra aquella usurpacion de un dominio comun; en vano los mismos papas protestaban contra la interpretacion de la frase de Alejandro: «Yo no entiendo, decia Pablo IV oponiendo palabras á palabras, como los venecianos se pretenden soberanos del golfo; cuando todos los años en mi bula de escomunion contra los piratas, me valgo de esta fórmula: «Nuestra mar Adriática.» Venecia ningun caso hacia de aquellas reclamaciones; y hasta la caida de la república en cada año renovaba el Dux la toma de posesion por su union simbólica con la mar; siendo notorio que jamás hubo marido celoso que ejerciese con mas rigor su vigilancia.

En el dia de la Ascension, aniversario de la victoria ganada por los venecianos sobre la flota de Federico, era cuando se celebraba el matrimonio. Sin embargo, como la funcion era enteramente marítima, cuando la novia agitada por los huracanes no manifestaba un aspecto pacífico, se trasladaba la ceremonia de domingo en domingo hasta Pentecostés, y pasado este de dia en dia; estas treguas se prorogaban con tanta mas razon, cuanto que los pilotos respondian con su cabeza del esposo y de los señores de su comitiva, y que además la época de las bodas era asimismo la de una gran feria, en cuya prolongacion se interesaba el comercio.

Cuando por fin en el dia señalado el cielo y las ondas aparecian serenos, toda Venecia se preparaba para la funcion con tanto gozo como orgullo. Todas las iglesias enarbolaban sobre el campanario el estandarte del Leon alado: sobre las puntas de tres mástiles levantados en la plaza de San Márcos, tremolaban las banderas conquistadas de Chipre, de Candía y de Morea, y el *Bucentauro* saliendo del arsenal se dirigia en busca del Dux en medio del estrépito del cañon, del repique de campanas y de las aclamaciones de la multitud.

El Bucentauro, carroza nupcial del Dux, era, como puede verse por nuestro grabado, una especie de galera de dos puentes sin mástil ni velas, de ciento siete pies de largo, y veinte y dos de ancho. El puente inferior contenia los bancos de cincuenta y dos remeros. El superior estaba cubierto en toda su longitud de una bóveda de carpintería, esculpida con gusto, dorada con magnificencia, adornada de espejos y colgaduras de terciopelo. Tres filas de figuras colocadas en el centro y en los costados, sostenían esta bóveda, y la dividian en dos galerías que ocupaban las sillas destinadas á los senadores. A la estremidad del lado de la popa se reunian estas galerías, formando una sala semicircular elevada por algunos escalones, en cuyo centro el Dux, rodeado de los dignatarios del Estado y de los embajadores, se sentaba sobre un dorado trono. A la popa, terminada en cabeza de pescado y adornada con un leon de oro esculpido, se veian enarbolados el pabellon encarnado de S. Marcos, y los ocho estandartes de la república, entre los cuales figuraba tambien la sombrilla del Dux. Una numerosa orquesta ocupaba la proa bajo una tapicería de seda escarlata, y bajo los pliegues de una multitud de banderas. Allí dominaba la estátua de la justicia, imágen siniestra y por todas partes presentada en Venecia. Las cuerdas eran formadas por guirnaldas de flores; esculturas y dorados ocultaban los costados de aquel navío de parada, que sin fuerza y sin defensa contra la violencia de los vientos y de las olas, no podia navegar seguro sino bajo el aliento de los mas suaves céfiros, y sobre la blanda superficie de una mar serena.

Tan luego como el Dux, cubierto de magníficas vestiduras y adornada su frente con el gorro tricornio, se sentaba en el medio de su pomposa corte, el capitan del arsenal que ejercia las funciones de piloto, pasaba á colocarse al frente del timon, y el *Bucentauro* puesto en movimiento y conducido á remolque por numerosas barcas, empezaba á alejarse de la playa. Escoltado por cuantos barcos, chalupas, góndalas, etc. encerraba Venecia, se adelantaba con magestuosa lentitud entre el confuso estrépito del cañon, las campanas, los clarines, las trompas y los agudos gritos italianos, hácia el paseo de Lido. Llegado al punto en que el agua tranquila de los lagos se agita por el contacto de las olas de la Adriática, echaban el ancora, y empezaban los ritos de casamiento. Despues de algunos actos religiosos y cánticos sagrados, el Patriarca de Venecia bendecia y aspergeaba la mar, el Dux se levantaba entonces, y recibiendo del maestro de ceremonias una sortija de oro macizo, anillo de alianza, la arrojaba á las olas diciendo: «Nuestra mar, Nos te admitimos por esposa en señal del verdadero y perpétuo dominio que sobre tí tenemos.» Inmediatamente los músicos entonaban el ininteligible himno de himeneo del Adriático, la artillería redoblaba su estruendo, la multitud sus aclamaciones, y de todas partes arrojaban á la mar flores y plantas odoríficas «para hacer, decia el pueblo, la corona nupcial de la desposada.»

En seguida el *Bucentauro* conducia su brillante tripulacion á una misa que celebraba el Patriarca de Venecia. Un testigo ocular describe asi esta nueva comitiva. «El Dux marcha precedido de algunos hombres vestidos con sotanas y togas de un color purpúreo: estos son una especie de hujieres; despues de ellos van ocho clérigos con capas, algunas trompas antiguas, las nueve banderas de la república, seis hombres vestidos de togas moradas, cuarenta y ocho senadores con togas encarnadas y grandes pelucas, y últimamente el Dux que camina bajo la sombrilla, y un paje detrás sosteniéndole la toga; síguele otro togado que lleva la espada envainada, y otro que lleva una silla de tigera para el Dux. Concluida la misa la comitiva vuelve en el mismo órden al *Bucentauro* entre dos filas de la milicia republicana, que forman desde la nave hasta la puerta del templo.» Danzas, espectáculos, carreras de góndolas (Regatta), distribucion de dinero, y comestibles, iluminaciones y un espléndido banquete servido á presencia del pueblo en el palacio ducal, concluian las ceremonias y regocijos del dia. El *Bucentauro* permanecia durante algun tiempo espuesto á la espectacion de los curiosos, y despues era conducido al arsenal.

Tiempo hacia que la mar habia faltado á la fidelidad conyugal; el divorcio se habia consumado, y sin embargo se celebraba aun la ilusoria solemnidad del casamiento; el

Dux proclámaba anualmente su *verdadero y perpétuo dominio* ante los embajadores de Francia, Inglaterra, Nápoles y España, cuya sonrisa solo la reserva diplomática era capaz de contener. El último Dux de la espirante república, Luigi Manini, la proclamó aun en 1797; algunos meses despues la mar habia quedado viuda.

TICIANO VECELLI.

Hablar de este coloso de la escuela veneciana, del primer colorista de toda Italia, es lo mismo que embebecer el ánimo con la meditacion de la naturaleza risueña, graciosa y elevada. El mérito de sus obras, fundado en la armonía del conjunto, en sacrificar los accesorios al objeto principal, y en hacer al mismo tiempo ricas y variadas composiciones dándolas cierto aspecto risueño y poético, descubre en Ticiano un corazon tierno y bondadoso, una imaginacion que se elevaba fácilmente y sabia conmover el ánimo sin acudir á la exageracion de las pasiones ni á estrepitosas catástrofes. Era circunspecto y noble, sencillo y grande en sus obras. Lo que Reinolds llamaba *magestad senatorial* del Ticiano, se vé justificado en aquellas, aun cuando tratase asuntos profanos.

Hemos indicado que los cuadros de Ticiano respiran dulzura; y en efecto su pincel noble y elegante casi nunca se elevó á la espresion de un dolor profundo, de un dolor sin fin y sin consuelo, semejante al que se vé en el grupo de *la Pietá* de Miguel Angel, ó en algunas cabezas de Rafael y de los Carracci.

Si alguna vez dibujó Ticiano tan bien como Rafael, no fue esta sin embargo su mas relevante cualidad. Su gran mérito consistió en la verdad del colorido, en la superior inteligencia del claro-oscuro, y en el juego y admirable combinacion de las medias tintas. Por esta causa Miguel Angel, admirando las obras de Ticiano, esclamó: ¡*Qué lástima que en Venecia no se empiece por aprender á dibujar*! Sentencia severa, pero que encierra un gran principio para los que se dedican al arte de la pintura.

Ticiano, que desde su mas tierna edad manejaba el lapiz, hasta la de noventa y nueve años en que murió, jamas abandonó su profesion. Ni el descender de una familia noble, ser magnífico y aun caprichoso en sus gustos, usar desde la edad de veinte años el tren de un potentado, ni el verse obsequiado de todas las testas coronadas y colmado de honores y riquezas, bastaron para que dejase de permanecer fiel á su profesion, desechando aquellos estímulos ambiciosos que tan fácilmente se despiertan bajo las techumbres de los régios palacios, y que tan funestos han sido para algunos célebres artistas.

Nacido Ticiano en 1477 en Cador, villa de los estados venecianos, adquirió los primeros rudimentos del arte en el obrador del mosaista Sebastian Zucatto, y mas tarde en la de uno de los hermanos Betini, quien poco satisfecho de su aplicacion á imitarle, dióle á entender que nunca seria mas que un embadurnador: entonces fue cuando pasó al estudio de Giorgion.

Florencia, Roma, Parma y Milan, acababan de enriquecerse con las obras de Vinci, de Perugino, de Correggio y de Mantegna. Venecia entonces hácia 1515, gracias á Ticiano y á Giorgion, llegó á ser un nuevo emporio de la pintura. El primero, siendo aun muy jóven, pintó en la sala del gran consejo de Venecia diversos cuadros de mérito suficiente para que el Senado le nombrase primer pintor de la República, empleo conocido bajo el título singular de *Corredor de la Cámara de los alemanes*: su mas importante privilegio consistia en retratar á cada nuevo Dux por el invariable precio de ocho escudos.

En Ferrara pintó el Triunfo del Amor, y las famosas Bacanales que Agustin Carracci proclamaba por los primeros cuadros del mundo. El cardenal Ludovici los entregó al rey de España, y cuéntase que Doménico Sampieri, al verlos partir á su destino, prorrumpió en llanto, contemplando la pérdida que en ello iba á sufrir Italia. En 1529 fue Ticiano á Bolonia para retratar á Cárlos V. y esto mismo hizo despues repetidas veces; por cuyo motivo aquel monarca le honró de mil maneras, ya connaturalizándole en España y Alemania, ya armándole caballero de la Espuela Dorada y del hábito de Santiago, ya haciéndole merced de Conde Palatino del Sacro Imperio, y ya en fin usando con él la honrosa distincion de cederle la derecha en sus paseos á caballo.

Un dia en que Ticiano retrataba al emperador, éste alzó del suelo un pincel que aquel habia dejado caer. Confuso Ticiano no sabia como dar gracias por favor tan distinguido: mas el emperador le sacó de su embarazo diciéndole afectuosamente: *El Ticiano merece que le sirva el Cesar.*

Tantas honras y distinciones excitaron la envidia de los cortesanos, y habiendo llegado á noticia del monarca que estos murmuraban de que S. M. cesarea se familiarizase tanto con un pintor, y le dispensase honores que rehusaba á los príncipes, respondió el emperador: *Que príncipes habia muchos; pero Ticianos uno solo.*

No fue Ticiano á Roma hasta 1545; y es sensible no pasase en edad mas apta para recibir inspiraciones de las obras maestras de Rafael. Si lo hubiese hecho á los veinticinco años en vez de á los sesenta, sin duda habria llegado á ser el primer pintor del orbe.

En 1550 comenzó, por disposicion de Cárlos V., el apotéosis de la familia imperial, cuyo cuadro no concluyó hasta cinco años despues, cuando ya el soberano habia abdicado la corona. En el convento de Yuste fue presentada esta obra al ex-emperador; y en 1558 el cuadro y los restos del real penitente fueron conducidos al Escorial. Desde entonces Ticiano dedicó casi todas sus tareas á Felipe II; y asi es que nuestra patria pesee sus mas bellas obras, la mayor parte sin grabar, y que pudieran fácilmente desaparecer, sin dejarnos de ellas ni aun ese agradable recuerdo. El mismo museo de Madrid no contiene el número de obras que debiera, atendida la larga mansion de Ticiano en España.

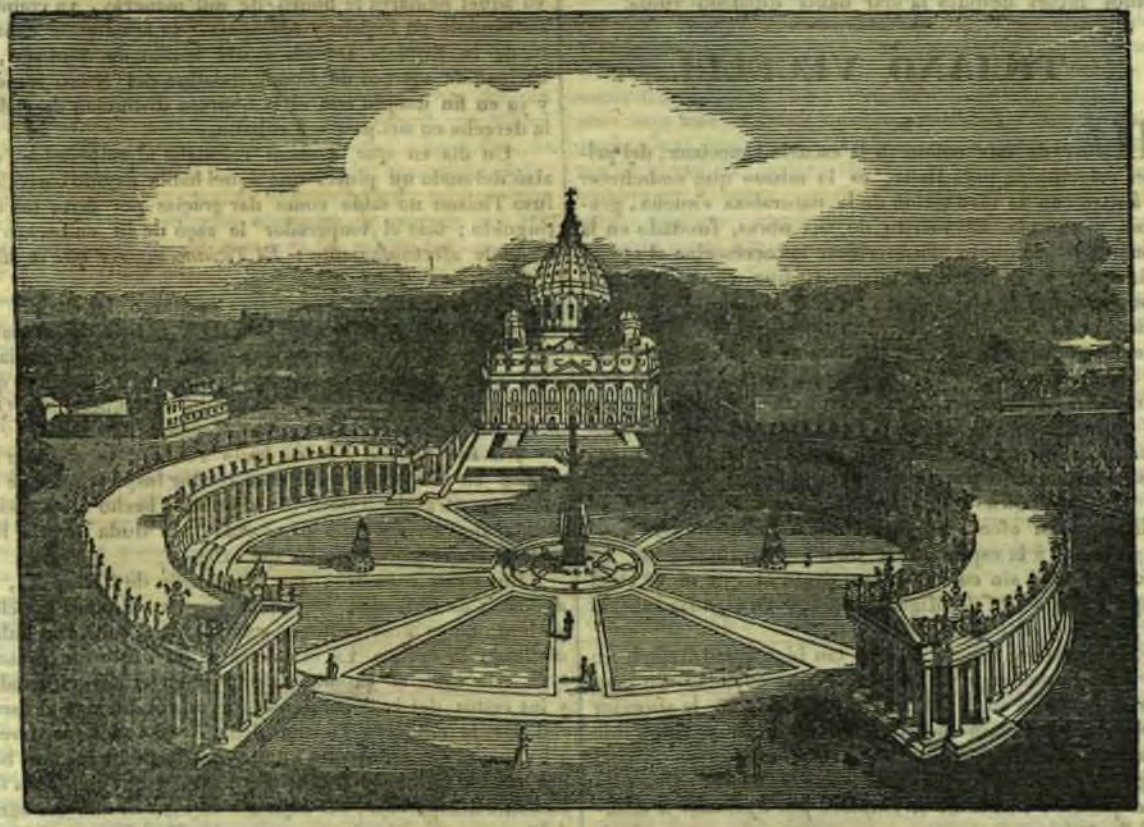
Pero si faltan en este establecimiento, los hay en abundancia y de superior mérito en el Real Monasterio del Escorial, en donde se cuentan mas de dos docenas, entre ellos la Huida á Egipto, la alegoría de la Fé católica, la adoracion de los Santos Reyes, la famosa Gloria, la Cena, y otros que cautivan la atencion de cuantos los miran.

Mas de ochenta años tenia Ticiano, cuando pintó el martirio de S. Lorenzo, la flagelacion de Jesucristo, la Magdalena y la Cena, cuadros de no inferior mérito al de los que cincuenta años antes le habian granjeado su justa celebridad. A los noventa y ocho pintó una Anunciacion que solo recordaba débilmente las bellezas de las precedentes obras del autor: irritado éste de que nadie quisiese creer que aquella fuese obra suya, escribió debajo con mucho enfado: *Titianus fecit, fecit, fecit*; triple afirmativa que no compensaba la pérdida de sus brillantes facultades; puesto que lo mas que habia conseguido era conservarlas mas tiempo que ningun otro pintor.

Todavía pintaba cuando la peste de Venecia en 1576 arrebató su vida. En medio de la indiferencia que se apodera de los ánimos en crísis tan funestas, y á pesar de haber el Senado prohibido con este motivo los entierros públicos, permitió se hiciesen pomposos funerales á Ticiano en la iglesia *Dei Fratri*, en donde fue enterrado.

Repelido por Belini en su niñez, no fue Ticiano mejor protector de los artistas. Acúsanle de haber perseguido á París Bordone y á Sebastian del Piombo; de haber espulsado de su estudio al Tintoretto; y en fin de haber obligado á abrazar casi por fuerza la carrera del comercio á su hermano, que manifestaba muy buena disposicion para la pintura.

Ticiano sobresalió en todos los géneros del arte, se retrató á sí propio, y sus numerosas obras esparcidas por todos los museos de Europa, y reproducidas por la estampa, de que hay muy buenas colecciones, patentizan su mérito relevante, y cuan justos fueron los favores que recibió de los hombres y de la fortuna.



PLAZA DEL VATICANO EN ROMA.

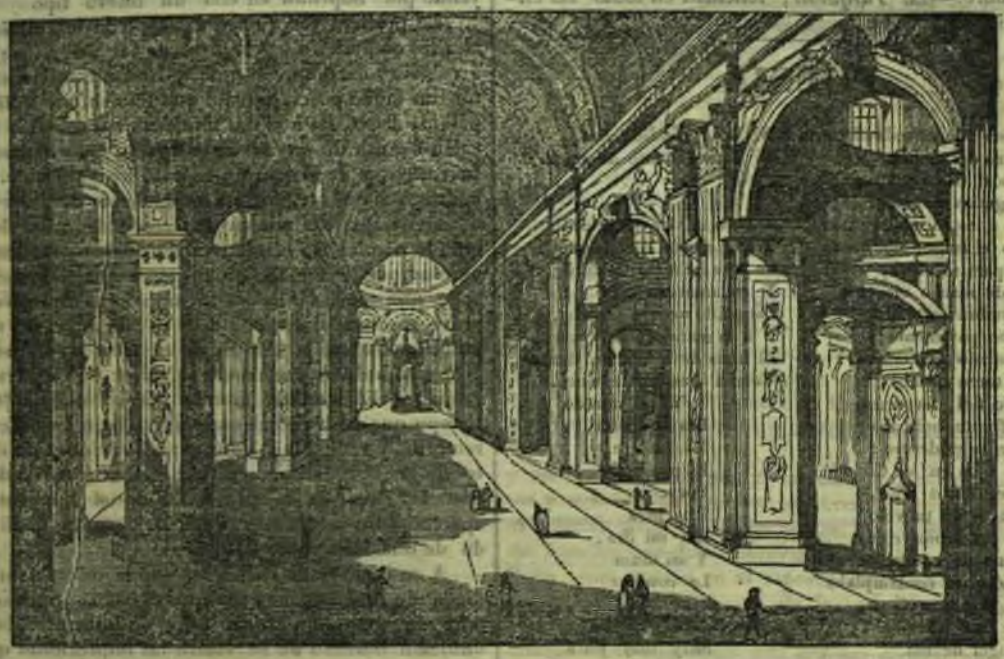
Hé aquí la plaza del Vaticano; á nuestro frente se eleva la Basílica de San Pedro, templo el mas vasto que los cristianos han erigido á la divinidad. Pero antes de introducirnos en su recinto, demos una mirada sobre los hermosos pórticos circulares que nos rodean. ¡Qué magnificencia; qué magestad imponente! El pavimento sobre que caminamos es un mosáico compuesto de anchos trozos; en el centro de su inmenso espacio se eleva un obelisco, y sobre la misma línea que este se ven á sus costados dos fuentes, cuyas cristalinas aguas salpican y refrescan incesantemente la atmósfera. El Bernin cubrió las avenidas de San Pedro con aquella cuadruple y magnífica columnata que disputa la magestad á la iglesia misma. En cuanto al obelisco no hallareis en Roma un *Cicerone* que no os describa y aun os cuente su historia. «Este obelisco, os dirán, es de una sola pieza, su elevacion sesenta y cuatro pies, pesa setenta y cinco mil libras, fue construido de una vena de granito oriental en la Tebaida dominando en Egipto un rey contemporáneo de Numa, se trasladó á Roma en el imperio de Augusto. Sisto V le hizo reedificar, habiéndole hallado entre los escombros del circo de Neron, y de los ocho obeliscos que quedan en Roma es el único que se conserva entero. Domingo Fontana, encargado de colocarle de nuevo sobre su base, dió principio á esta operacion en 30 de abril 1586. Novecientos operarios y setenta y cinco caballerías se emplearon al efecto. El papa prohibió á los habitantes pena de muerte el hallarse en aquel recinto el dia de su elevacion, y de su órden se levantó un patíbulo sobre la plaza. Fontana recibió la bendicion del pontífice, quien le advirtió que el mal éxito de la empresa le costaria la vida. Despues de inauditos esfuerzos el obelisco se levantó y colocó sobre su pedestal, la artillería del castillo de Santo Angelo anunció este suceso, y el papa colmó de riqueza á Fontana á quien los operarios condujeron en triunfo. Sisto V hizo grabar sobre la base del obelisco la inscripcion que aun se lee; dice así: *Fontana, natural de una aldea cerca de Como, condujo y elevó este monumento sobre su pedestal.*

Familiarizado con las proporciones gigantescas de la plaza y de la columnata, el espectador no esperimenta á primera vista sino una impresion débil al entrar en la iglesia de S. Pedro. Es preciso absorverse durante algunos instantes en la contemplacion de aquel edificio, y examinar despacio el interior para juzgar de su grandeza y magestad.

Súbese de la plaza al pórtico por cuatro ileras de anchos escalones de mármol, en cuya parte inferior están las estátuas de S. Pedro y S. Pablo. La iglesia tiene cinco puertas principales. Este inmenso edificio fue obra de Bramante, que al contemplar el Panteon esclamó: «Yo pondré esta cúpula en los aires» y así lo ejecutó. Julio II le hizo reparar en 1507, bajo los diseños de Miguel-Angel, aunque no llegó á concluirse hasta el siglo XVII despues de haber costado mas de mil millones de reales. Las dos torres ó campanarios colocados sobre ambos costados de la fachada no se construyeron hasta 1621.

Franqueada la puerta del medio, es tan perfecta la armonía que se advierte en las diversas partes del interior del templo, que allí donde todo es inmenso, nada á primera vista parece grande; y aun cuando la vista abraza á la vez la nave, el santuario, la bóveda, sin embargo ninguna sorpresa se esperimenta por de pronto. Así es como por un efecto contrario los objetos se engrandecen en un panorama. En el medio de la nave se observa una balaustrada dorada que rodea la bajada á una sacristía subterránea. Allí estamos á los pies de S. Pedro representado en bron-

antiguo, del grandor natural. El santo está en actitud de adelantar el pie derecho y sus cinco dedos han sido insensiblemente desgastados por los labios de los fieles. A cien pasos del Santo su rostro parece negro, y sus ropas de un verde oscuro. Varios anticuarios aseguran que esta estátua representaba á Júpiter antes que á San Pedro.



IGLESIA DE SAN PEDRO EN ROMA.

Mas adelante se halla el coro. Allí es donde se revela al espectador la estension del monumento. Las personas que entran en el templo son á su vista unos pigmeos que se arrastran con lentitud sobre los mosáicos, y cuya pequeñez contrasta con la prodigiosa elevacion de las bóvedas sobrecargadas de dorados, adornadas de florones y prolongados follages artísticamente esculpidos. En los costados laterales de la iglesia se admira una multitud de columnas, de esculturas, de mosáicos, de cuadros, de pinturas al fresco, de mármoles preciosos, de granitos, de ágatas, de pórfidos, de bronces, de estucos dorados; allí se hallan los mausoleos de los papas, muchos de ellos de un trabajo admirable. Preciso es asimismo detenerse delante del *baldaquino* del altar mayor, cuya elevacion es de 122 pies, sostenido por cuatro columnas espirales, y que remata en una cruz acompañada de varios adornos. Todos los papas al tiempo de su eleccion son conducidos á este altar, y solo ellos pueden celebrar allí la misa.

Si desde este punto se dirige la vista á la cúpula de San Pedro, se admira en ella una obra maestra á la que ninguna otra del arte puede compararse. El interior de aquella media naranja representa las gerarquías celestes en mosáico, y en fin el paraiso sembrado de estrellas de oro.

Tiene aquel cimborrio 480 pies de elevacion; su parte esterior está cubierta de planchas de plomo, cuyas zonas se separan por medias cañas de metal dorado; y sobre la cima brilla un enorme globo de cobre cubierto por un espeso dorado.

Allí el órgano y el púlpito no tienen sitio señalado y adherido al edificio como en los demas templos, son enteramente independientes y portátiles, como escaleras de biblioteca, á fin de poder con facilidad trasportarlos al lugar en que se celebren los divinos oficios.

Para subir á la bola que domina la iglesia se dá vuelta por dos filas de galerías colocadas una sobre otra; ochocientos escalones espaciosos y cómodos conducen á la parte inferior de aquella; pero el último tramo por donde se penetra al interior es una escala que ningun apoyo ofrece en los costados, y cuyos escalones deben pisarse con prudencia y sin dirigir las miradas á las profundidades, sobre las que nos vemos como suspendidos. La bola puede contener veinticuatro personas en pie.

Descendiendo de la bola rara vez deja de recorrerse la elevada platea del templo que permite dar la vuelta alrededor del cimborrio superior y de los otros dos cimborrios mucho mas pequeños. De lo alto de aquellas cumbres se descubre el imponente panorama de la ciudad de Roma y de una gran parte de su campiña. Allí es desde donde verdaderamente puede medirse la grandeza de la plaza é iglesia del Vaticano, y dudar de si el arte humano es capaz de ir mas allá.

EL LENGUAJE DE LAS PIEDRAS.

Existe en Polonia una supersticion bastante curiosa; consiste en creer que á cada mes estan consagradas ciertas piedras preciosas, que ejercen una poderosa influencia sobre el destino de las personas que en aquel mes vieron la primer aurora. Así es que en los cumpleaños hay la costumbre entre amigos, esposos y amantes de regalarse mútuamente algunas joyas adornadas con la piedra tutelar, y acompañadas de aquellos deseos cuyo cumplimiento esperan ver realizado. El siguiente cuadro podrá dar alguna idea del singular lenguaje de las piedras.

En enero.—*El Jacinto ó el Granate*; indica la constancia ó la fidelidad en toda clase de obligaciones.

Febrero.—*La Amatista*; preservativo contra las pasiones violentas, seguridad de la paz del alma.

Marzo.—*La Sanguinaria*; valor, prudencia en los asuntos peligrosos.

Abril.—*El Záfiro ó Diamante*; arrepentimiento, ó inocencia.

Mayo.—*La Esmeralda*; amor correspondido.

Junio.—*La Agata*; salud y vida prolongada.

Julio.—*El Rubí ó la Cornalina*; olvido, ó exencion de disgustos de amor.

Agosto.—*El Sardonix*; felicidad conyugal.

Setiembre.—*La Crisolita*; preservativo ó curacion de las enfermedades.

Octubre.—*El Opalo ó aguamarin*; esperanza despues de la desgracia.

Noviembre.—*El Topacio*; amistad y fidelidad.

Diciembre.—*La Turquesa*; felicidad en todas las circunstancias de la vida.

POESIA.

En el templo: cuando el canto
Del ministro del Señor
Se elevaba al Cielo Santo,
Y sus plegarias de amor
Calmaban nuestro quebranto:
Cuando el fulgor macilento
De la lámpara sombría,
Al soplo de manso viento
Pardas sombras estendía
En el ancho pavimento;
Y el címbalo misterioso
Allá en la torre sonaba,
Y el pueblo fiel, fervoroso
La altiva frente inclinaba
Ante el Señor poderoso:
Cuando fijos en el Cielo
Esos tus cándidos ojos,
Miré al través de tu velo
Vagar en tus lábios rojos
Dulce acento de consuelo:
Yo inmóvil te contemplaba
Al pie de la Santa Cruz;
Y al verte me imaginaba
Eras un ángel de luz
Que por el hombre rogaba.
¿No te acuerdas? ¿espantosa
Del ara Santa lanzarse,
No viste sombra medrosa;
A tus plantas agitarse;
Tocar tu mano de rosa;
Y su cabello crinoso
Que helado sudor filtraba,
Rasgar tu cuello amoroso,
Que con su mano estrechaba
Convulsivo, tembloroso?
¡Ah, no! qué pálido rayo
En el templo reflejó,
Y repentino desmayo
De tu megilla borró
La fresca rosa de mayo.
Y tu lábio de coral
Azul oscuro tiñó,
Y tu seno virginal
Ronco gemido lanzó
A su sonrisa fatal.
Y... era el que os habla Señora,
A quien adversa fortuna
Desde su oriente devora:
Ella le meció en su cuna,
Ella le persigue ahora.
Por eso en su edad lozana
Larga enfermedad le oprime;
Por eso pálido gime
Lleno de angustia y pesar.
Y vé la flor de su vida
Ante en capullo secarse,
Y su corazon helarse,
Y su planta vacilar.
Alza sus ojos al Cielo
Para aliviar su quebranto,
Y los nubla acerbo llanto,
Llanto de rabia y dolor.
Y su lábio enjuto, seco
Como al soplo de la brisa
Ni baña cándida risa,
Ni lanza acento de amor.
. . . . . .

Que mi frente juvenil
Triste ciprés coronaba
En vez de rosas de abril;
Y mi amoroso laud
Lánguido acento lanzaba,
Y á la mansion del Querub
El alma deshecha en llanto
Volaba á mi triste canto.
Y mi mundo
Era la huesa,
Mi belleza
El profundo
Porvenir.
Una pira
Era mi lira,
Y mi musa
La confusa
Eternidad.
Mas tu risa,
Muy mas pura
Que la brisa
Que murmura
Entre la flor;
Dulce calma
Tornó al alma,
Y mi pecho
Satisfecho
Palpitó.
Tiende por piedad, hermosa,
A mi corazon ardiente
Esa tu mano de rosa;
Y desarrugue mi frente
Una mirada amorosa.
Una lágrima de amor
Vierte á mi queja,... bien mio,
Y calmará mi dolor
Cual la gota de rocío
Abre el cáliz de una flor.
Deja grabar beso ardiente
En tu lábio de coral
A mi lábio balbuciente,
Y en tu seno virginal
Deja reclinar mi frente.
Que nunca belleza igual
Mi corazon satisfizo
Cual tú, mujer divinal;
Eres mi vida, mi hechizo,
Eres mi bella ideal.
Eres la que yo veia
En mis dulces ilusiones,
Hermosa como María,
Pura cual las creaciones
De juvenil fantasía.
Te amé desde que te ví,
Héme á tus plantas, hermosa,
Pidiendo el plácido sí;
Si le niegas rigorosa
Sabe que muero por tí.

Francisco Granela Llana.

Jerez 2 de Febrero de 1836.

EL SEMBLANTE DE NAPOLEON.

La fisonomia de todos los hombres recibe de sus costumbres, de su vida, de su educacion, de la direccion de su pensamiento, del ejercicio de sus facultades, de la naturaleza de sus pasiones, de su posicion social y de las varias funciones en fin de que se hallan revestidos, ciertas modificaciones que la cambian casi enteramente, concluyendo por imprimir en ella un nuevo tipo.

La primera vez que ví á Napoleon fue el dia siguiente al 13 Vendimiario en la plaza de las Tullerías; se hallaba á caballo, derecho, sin gracia, bastante mal sentado, y de ningun modo poseía aquello que llaman aire militar; estaba pálido, flaco, las mejillas undidas, sus cabellos sin rizado caian á guisa de *orejas de perro* (1) por ambos lados de su rostro, y le daban un aspecto insignificante. No sé sin embargo á qué atribuir las espresiones de desprecio de las hermosas que componian la tertulia de Mma. Beauharnais que le nominaban *el general feo*; es muy facil no agradar, pero no puede ser feo quien posee una fisonomía como la suya, una sonrisa interesante, unos ojos espresivos. Parecia grave, severo, descontento de su fortuna: su esterior no manifestaba aun la enseña de su talento, de su destino. Ninguno hubiera esclamado al verle: «He aqui un hombre grande.» El hombre grande permaneció oculto todo el tiempo que estuvo condenado á vivir bajo las órdenes del directorio, y reducido á las oscuras funciones de comandante de la 17.ª division militar. No empezó á descubrirse hasta las cimas de los Alpes. En aquel momento sublime apareció á los soldados y generales como el génio del mando de una irresistible autoridad.

A su regreso de Italia, sea que la calma natural ó estudiada de su fisonomía, sea que el velo en que se ocultaba para no despertar las sospechas de una autoridad sombría hubiesen borrado de su rostro las impresiones que en Italia recibiera, no encontré en Napoleon en su descanso el mismo carácter que tenia en Montenotte, sobre el puente de Arcola sobre la llanura de Rivoli, donde parecia un ser sobrenatural á todos los ojos, á todas las imaginaciones. En vez de *haber envejecido sobre los campos de batalla* (2) parecia haberse remozado; su semblante estaba mas lleno, menos pálido, y reinaba en él cierto aire de contento, de serenidad. Sus palabras breves y precisas imponian, pero aun no poseían la fuerza de un oráculo.

Poco despues asistí en la plaza de Luxemburgo á la presentacion de las banderas del ejército de Italia. En medio de los aplausos que resonaban en la plaza y sus avenidas, Napoleon con la cabeza erguida, las miradas centellantes y un aspecto apacible habia recobrado la heróica espresion de su fisonomía de Italia; pero este mismo general que en Milan habia ostentado la corte de un monarca y preludiado su papel de emperador, no dejaba traslucir ni la mas mínima apariencia de un orgullo ultrajado por el homenage que se le precisaba á hacer de su corona de laureles á los miembros del Directorio; nada podia anunciar que meditaba el designio que el mismo habia revelado á uno de los agentes diplomáticos cerca del gobierno de Venecia: «*Sere el Bruto de los Reyes, y el César de la Francia.*»

La poesía sublime de sus ideas y todo su talento respiraban en sus miradas y sobre su frente de César en la batalla de las Pirámides y en aquella otra del Oriente, concluida la cual, Kleber, uno de los gigantes de las guerras de la revolucion, corrió hácia él esclamando «Mi general, permitid que os abrace, sois grande como el universo.» Pera segun todos los testigos y actores de la espedicion de Egipto, la pluma y el pincel carecen de espresion para pintar la presencia de ánimo de Napoleon al recibir la noticia del desastre de la armada de Aboukir; sus designios habian abortado; el oriente se le iba de entre las manos; el regreso á Francia le estaba interceptado; cautivo para siempre en su conquista, el mayor favor que pudiera prometerle la fortuna era de morir soldan de Egipto si el ejército francés consentia en un destierro perpetuo; su gloria, en fin, detenida en su carrera podia perderse como el Nilo

(1) Espresion contemporánea.
(2) Espresion de Napoleon

en los desiertos. Cuando todos estos grandes objetos de un estraordinario dolor debian trastornar su alma borrascosa, dueño de sí mismo se manifestó superior à la fortuna, como se mostró con una serenidad imperturbable despues de la esplosion de la máquina infernal en el 3 nivose. El ejército se reanimó al ver que su gefe admitia la desgracia de Aboukir como una obligacion de emprender los mas elevados proyectos.

Despues de su milagroso regreso del Egipto, de aquel viaje à Francia que parecia una toma de posesion, Bonaparte, en estremo delgado, su tez bronceada como la de un africano, su rostro alterado como el de un hombre à quien un dolor profundo y desconocido consume y devora, no parecia prometer mucho tiempo de vida. Toda la belleza de su semblante habia desaparecido, apenas podia reconocérsele cuando ocupando una carroza tirada por seis caballos, rodeado de un militar cortejo y seguido de algunas gentes del pueblo indiferentes y mudas á su paso dejó el palacio directorial para ocupar la morada de los reyes. Poco despues encontré en S. Cloud al primer consul que subia en un carruage descubierto, y no se qué pensamientos le agitaban, ó si alguna conspiracion contra su vida habia llegado á su noticia; parecia á Tiberio violentamente irritado en su interior y resuelto á castigar.

El aire de la Francia, el nuevo paso de los Alpes abiertos á su presencia como á la de Anibal por prodigios de constancia y de talento, la jornada de Marengo y sus inauditos resultados, sobre todo la conquista de la paz, devolvieron à Napoleon su salud, su claro colorido, sus miradas de àguila, la belleza antigua del caracter de su cabeza, cuya parte superior segun Dávid asemejaba à Cesar, y la inferior à Brúto. Aun le estoy viendo tal como se presentó el dia de la publicacion del tratado de Amiens. Ocupaba una de las ventanas del pabellon de Flora; los vivos colores del sol poniente iluminaban su frente serena, sus ojos espedian rayos de luz y de alegria, y recibia gozoso las afectuosas espresiones del reconocimiento popular. Rafael, Miguel Angel, David, y sus mas dignos imitadores no hubieran conseguido reproducir aquella cabeza circundada de una especie de aureola, que conmovia à cuantos la miraban.

El dia de su matrimonio al llegar à las Tullerías con Maria Luisa, rodeado del pueblo y de lo mas selecto de las tropas de la Francia, poseia el aspecto satisfecho de un príncipe que creia haber fijado la fortuna y fundado su dinastía.

Habia engruesado; su cabeza que habia adquirido mas volumen, tenia ya aquel caracter monumental que se observa en los bustos ejecutados por Chaudet y por Canova. Sentado sobre un trono, en una sala cuyas paredes adornaban los trofeos de sus victorias, cubierto con un sombrero à lo Enrique IV en el que brillaba el *regente*, diamante el mas bello de la corona, teniendo ante sí à los reyes de Babiera, de Wurtemberg, de Sajonia, una multitud de príncipes soberanos en pié y descubiertos, sus ojos radiavan como el carbunclo. Jamás observé en él en igual grado aquella espresion indefinible de orgullo contenido, de grandeza sencilla, y de la profunda sensacion de un triunfo que Luis XIV à la cabeza de su siglo no hubiera podido conseguir.

Los que le vieron en Dresde rodeado de una corte de reyes, ó en Tilsitt donde dividió el mundo en dos mitades una para él y otra para el emperador Alejandro, son los únicos que pudieran añadir algo á este retrato sacado del natural. Sabido es con que gracia y por que felices inspiraciones logró modificar su orgullo y su triunfo en ambas ocasiones.

Despues del desastre de 1812 en Rusia, ninguna muestra de debilidad, de abatimiento se advirtió en el semblante de Napoleon de regreso á las Tullerías; solo la impresion de una profunda tristeza, de una resolucion eficaz; pero su actitud y sus palabras revelaban una cierta desconfianza en el porvenir. Ya no pensaba en la division del Orbe; preveia, sí, la coalicion general de la Europa contra el que habia contraido la obligacion de ser siempre victorioso.

Durante su mansion en la isla de Elba, y aquel inquieto descanso à que se hallaba condenado despues de haber tenido entre sus manos los destinos de la Europa, no sé que revolucion interior habia pasado por él que de una manera estraña habia modificado toda su persona. Ninguna señal se veia en él de las emociones profundas, de las esperanzas sublimes que la conquista de la Francia por un hombre solo y sin armas debieran imprimir sobre su rostro. Parecia postrado, habia envejecido antes de tiempo; sus cabellos habian disminuido, dejando su frente casi descubierta, el aspecto de su cabeza era pobre, su actitud carecia de firmeza, de apoyo, su espíritu siempre superior no centelleaba ya, su interior conmovido ya no demostraba la serenidad de la fortuna propia, ó la confianza profética del genio que se juzgaba árbitro de los sucesos.

Nada tan movible como la fisonomía de aquel hombre estraordinario. Poco tiempo despues le vi à caballo en la plaza de las Tullerías oyendo la peticion de los obreros de los arrabales de S. Antonio y S. Marcelo. Napoleon habia recobrado su fisonomía de Cesar ó de Augusto, su cabeza hermosa como en otro tiempo, se veia pálida, grave y severa. Se contenia para no dejar entrever la admiracion y tal vez la cólera que le causaban las espresiones groseras y atrevidas de aquellos hombres que pedian la libertad ofreciendo el socorro de sus brazos. Marchaba à galope como un hombre que desea abreviar una escena que le molesta. Pero ¡qué cambio en el aspecto del hombre!; ya no era aquel guardecido general de los ejércitos de Italia y del oriente sobre un corcel árabe ligero como el viento. Su cuerpo habia adquirido una grosura considerable; montaba un caballo pesado que parecia soportarle con molestia. ¡Ah! esclamé al verle ¿Se adelantará como en Austerlitz à la llegada de la aurora? ¿Podrà aun renovar los prodigios de las marchas de Cesar y dar batallas de cinco dias en que nuevas victorias sucedian á las victorias?

El gran capitan sin embargo dió principio por sucesos dignos de él. La fortuna abandonó al genio, pero el genio no habia hecho todo lo que en otros tiempos hiciera para encadenar, para domar á la fortuna. El alma grande del héroe parece no habia podido tomar su vuelo para sostenerse elevada sobre el campo de Waterloó y dictar al destino sus preceptos.

Antes que Napoleon emprendiera su marcha, quise saludar aquella terrible adversidad. Era la última ó penúltima noche que debia pasar en el palacio del Eliseo: entré en él, casi nadie habia en la plaza, casi nadie en las habitaciones cuya soledad las hacia parecer mas vastas á mi vista. Un antiguo militar me introdujo, pero no tardó en abandonarme; entré pues en el jardin. Napoleon estaba solo, de pié, su aspecto sereno y sin abatimiento; pero sus miradas de fuego, sin aquella espresion que procede del trabajo del alma al meditar grandiosos proyectos: sobre lo elevado de su rostro vivamente colorido se traslucia un no se qué que revelaba alguna turbacion interior. Delante de él paseaba su madre por las calles del jardin; gruesas lágrimas caian por intervalos de sus ojos, sin que dejase por esto de conservar la magestad del dolor. Sobre la derecha un inmenso gentio reunido en la avenida de Marigny al lado de la poco elevada tapia del Eliseo no cesaba de gritar « viva el emperador: » le esperaban, le llamaban para conducirle al campo por bajo de Paris. Pero Napoleon juzgando sin duda que ya no era tiempo, parecia no prestar atencion á las esclamaciones del entusiasmo popular.

Me acerqué al emperador con mayor respeto que si se hallase en las Tullerías y sobre el trono. Despues de algunos momentos de una conversacion política en que le manifesté un profundo sentimiento por su partida en el momento en que pudiera aun hacer un inmortal servicio á la Francia por una victoria que su prevision habia juzgado infalible, le prometí permanecer siempre fiel á los intereses de su gloria. Me dió las gracias del modo mas afectuoso, y me dejó partir dirijiéndome una última mirada cuya espresion jamas se borrará de mi memoria.

Mucho he sentido siempre no haber seguido á Napoleon á Santa Elena como habia deseado; ¡qué ocasion perdida de contemplarle, de estudiarle en su lucha con la adversidad! ¡Cómo me hubiera aplicado á delinear cada dia su retrato! Segun los testigos de su cautividad se hacia aun mas admirable durante los tormentos de Santa Elena que cuando coronado de gloria ocupaba un trono respetado de la Europa.

Por lo demas, la muerte misma no ha logrado alterar su rostro, y su busto vaciado sobre el natural por el doctor Anton-marchi conserva una grande magestad. Por una singular metamorfosis parece haber retrocedido Napoleon á la época del consulado, únicamente tiene algun aumento en las dimensiones de su semblante. El busto del héroe ofrece diferentes cosas dignas de notarse. Su frente parece mas ancha y mas elevada; los ojos que no estan enteramente cerrados conservan cierta delicadeza de espresion que vuelve á hallarse en la boca á pesar de su alteracion; la nariz, derecha y afilada sin estar delgada, revela una impresion de dolor, impresion que tambien se nota en el labio superior que en parte ha perdido su forma, mientras el inferior permanece segun estuvo durante la vida. Visto por la derecha el perfil es casi el mismo de Bonaparte despues de la paz de Amiens salvo la contraccion del labio por este lado; por la izquierda presentan un aspecto mas severo; de frente el busto respira aun algo de grave, pensativo y elevado, sereno como el sueño de la vida; la impresion de la muerte no existe en su boca; solo asi pudiera anunciar los sufrimientos que sirvieron de preludio al fin de su existencia. Pero si se levanta el busto ladeándole de modo que se vea de alto á bajo se encuentra en él una impresion de dolor que cualquiera juzgaria ver en ella un Alejandro al espirar; un célebre pintor inglés, el célebre Lawrence, que quiso reproducir en el lienzo la imagen de Napoleon, no pudo durante mas de dos horas del mas atento examen satisfacerse de contemplar su busto, que efectivamente es un manantial inagotable de estudios para toda clase de observaciones.

EN LA MUERTE DE SU AMIGO D. MIGUEL CABRERO.

Soneto.

Baja cubierta con mortuorio velo,
en blanca nube, atribulada Diosa,
y de flores corona yerta losa,
que baña con llorar de desconsuelo.
Es el alma virtud, que desde el Cielo
á bendecir desciende cuidadosa
la tumba solitaria do reposa
su mejor amador y fiel modelo.
«Ha muerto un hijo predilecto mio.»
La Deidad dice, y con buril luciente
«Miguel Cabrero» graba sollozando.
«En mí, su nombre eternizar confio.»
—Despues besó la lauda tristemente,
y se tornó á las nubes suspirando.

Gregorio Romero y Larrañaga.

TEATROS.

PRINCIPE.—*Noche del* 23.—Elvira de Alhornoz.

Para no tener que repetir la misma advertencia todas las semanas, les diremos de una vez á nuestros lectores, suplicándoles que, para de aqui en adelante, lo tengan entendido: el *Semanario Pintoresco*, que no sale mas que una vez por semana y esa en dia determinado, rara vez podrá hablar á su debido tiempo de las representaciones nuevas, que ya habrán analizado detenidamente todos los periódicos diarios, si se impusiera la obligacion de hacerlo; por esta razon se abstendrá de hablar de ellas, siempre que no pueda hacerlo al mismo tiempo que los demas periódicos, ó que no ofrezcan algun notable motivo de interés, como, por ejemplo, el de ser originales y haber agradado al público.— Por este doble motivo consagraremos en el número de hoy algunas líneas, aunque no tantas como desearíamos, al analisis de *Elvira de Alhornoz*, drama que recomiendan mucho á nuestro interés sus títulos de *original*, y de primer ensayo de un ingenio español.

Estas dos circunstancias, y la suma modestia con que se ha anunciado esta obra al público, bastarian para desarmar nuestra crítica aun cuando no tuviésemos por otra parte muchos y justos motivos de elojiar. Una versificacion fluida y sonora, un lenguaje castizo y en alto grado caballeresco, situaciones interesantes y caracteres bien sostenidos, si bien no bastante marcados y nuevos, son dotes que no pudiéramos sin justicia negar al autor; y quien con tales dotes se presenta en su primer ensayo dramático, bien merece indulgencia en sus desaciertos.

La intriga del drama de puro sencilla, raya en pobre; y aun cuando esto para algunos sea mas bien un elogio que una crítica, aun nos queda el derecho de acusarla de poco nueva. El asunto en efecto no puede estar mas manoseado:—una mujer casada con un hombre á quien no ama y enamorada de otro; un amante que se va y vuelve cuando menos se espera; un marido celoso que acaba por darse de cuchilladas con el galan, son cosas ya casi triviales de puro repetidas. El desenlace es inesperado y bueno; la resolucion de D.ª Elvira, que al ver á su esposo sacrificado por mano de su amante se dá la muerte por evitar violentos y peligrosos combates entre su amor y su deber, es noble y digna de sus virtuosos *antecedentes*.

El pajecillo Hernando es una concepcion muy delicada que recuerda las vagas abstracciones del idealismo aleman; pero ademas de que se halla muy en segundo término, le faltan situaciones y sobre todo contrastes que hagan resaltar su hermoso carácter. Es una figura graciosa en un cuadro frio.

Esperamos al autor para su próxima obra; entonces no seremos tan indulgentes, ni probablemente tendremos necesidad de serlo. Su primer drama promete; el segundo cumplirá.

MADRID: IMPRENTA DE OMAÑA, 1836.